

## Valor y simbolismo de la sangre en la tradición indígena mexicana<sup>1</sup>

*Así que [Nanáhuatl] llegó al cielo, le hicieron al punto mercedes Tonacateuctli y Tonacacíhuatl: le sentaron en un trono de plumas de quecholli y le liaron la cabeza con una banda roja. Luego se detuvo cuatro días en el cielo; vino a pararse en el (signo) naollin; cuatro días no se movió; se estuvo quieto. Dijeron los dioses: “¿Por qué no se mueve?” Enviaron luego a Itztlotli (el gavián de obsidiana), que fue a hablar y preguntar al Sol. Le habla: “Dicen los dioses: pregúntale por qué no se mueve”. Respondió el Sol: “Porque pido su sangre y su reino”.*

*Leyenda de los Soles, §IV*

La sangre ha gozado siempre de gran estimación entre las diferentes e innumerables culturas de la humanidad. A este fluido esencial el hombre de todos los tiempos y lugares le ha atribuido las más diversas funciones y propiedades y le ha asignado multiplicidad de valores, convirtiéndolo en fuente y símbolo de vida.

Un buen ejemplo de las características esenciales de la sangre se resume en el segundo de los tres terribles acertijos que formula la ficticia princesa Turandot<sup>2</sup> a su indeseado pretendiente, el príncipe Calaf, cuando lo reta a descifrar el siguiente enigma:

Se agita como una flama, pero no es llama. Es a veces delirio; fiebre de ímpetu y ardor. La inercia la trasmuta en languidez. Si pierdes la cabeza por amor o te mueres, se enfría; pero si tienes sueños de conquista arde, se enciende. Posee su propia voz que temeroso escuchas, y un fulgor como el del Sol en el ocaso.

<sup>1</sup> Ponencia presentada en las II Jornadas Internacionales del Banco Central de Sangre, “Hacia la medicina transfusional, compromiso de todos”, organizadas por el Banco Central de Sangre del CMN La Raza, México, IMSS, 16-17 de octubre 1995. Agradezco a Miguel León-Portilla, Isabel Lagarriga y María del Carmen Pijoan la valiosa orientación que me otorgaron para hacer posible el tratamiento de este tema, tan alejado de mis investigaciones habituales.

<sup>2</sup> *Turandot*, ópera en tres actos de Giacomino Puccini, basada en la fábula dramática de Carlo Gozzi, estrenada en el teatro Alla Scala de Milán el 25 de abril de 1926.

“¡Es la sangre!”, le responde eufórico Calaf, feliz de haber acertado, pues su respuesta evitará el derramamiento de la suya.

Sí, la sangre, elemento mágico, inquietante, misterioso, que a veces cambia de género, pudiendo ser masculino como en latín, francés e italiano; o femenino, como en español y metafóricamente en náhuatl (*tlatlahuqui cíhuatl*); e incluso neutro, como en griego, alemán e inglés. Y hasta puede cambiar de color y variar en temperatura, densidad, temperamento, calidad, condición, energía y sabor, según la libre opinión, intereses y experiencias de cada quien.

Los pueblos aborígenes de América no podían quedarse atrás en materia de aprecio y conocimiento de las diversas funciones y virtudes de la sangre. Al contrario, estas etnias se sitúan en primerísimo lugar entre aquellas que más importancia han concedido al líquido vital, al grado incluso de convertirlo en elemento esencial de sus creencias y rituales religiosos, después de atribuirle las más elevadas cualidades y funciones.

En efecto, los indígenas americanos, y de modo muy particular los que poblaron el territorio en el que hoy se asienta el estado mexicano, elaboraron desde época muy antigua un variado conjunto de creencias de diverso orden en torno de la sangre.

Entre las numerosas y diferentes etnias pobladoras de esta extensa región llamada hoy “mexicana”, destacaron aquellas que habitaron la vasta zona cultural de-

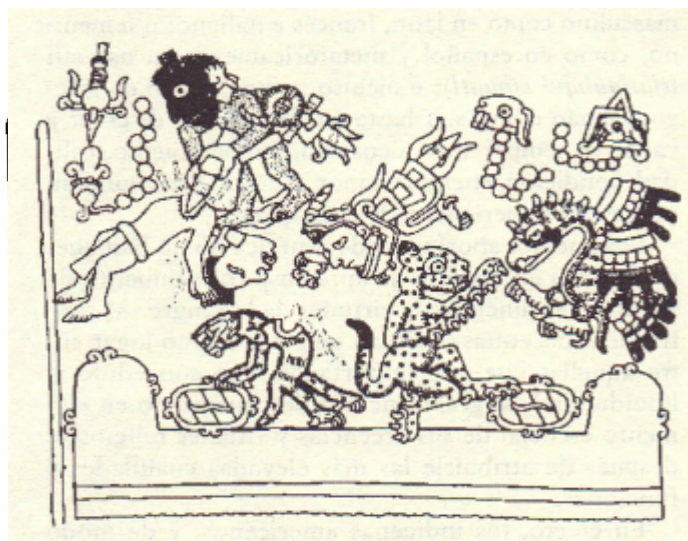
nominada *Mesoamérica*,<sup>3</sup> área en la cual se desarrolló la gran mayoría de las sociedades de más alta civilización en el continente.

Aunque distintos entre sí, estos grupos evidentemente compartieron, a raíz de siglos de convivencia en el área, buen número de creencias, valores y rasgos culturales. De ello resultó el moldeamiento de una particular mentalidad a través de la cual explicaron la naturaleza del mundo que les rodeaba, en los planos material y espiritual. De ahí provino lo que denominamos *cosmovisión*, es decir, la forma particular de concebir e interpretar el mundo; o, para decirlo de manera más formal, “el conjunto articulado de sistemas ideológicos relacionados entre sí en forma relativamente congruente, con el que un individuo o un grupo social, en un momento histórico, pretende aprehender el universo”.<sup>4</sup>

Ciertamente esta manera de concebir y explicar el mundo no era de ningún modo idéntica ni mucho menos unitaria en todos los grupos del conglomerado mesoamericano, pero sí disponían de múltiples rasgos en común, sobre todo en lo que concierne a aspectos del mundo espiritual y sobrenatural. Acerca de todo esto existen numerosos testimonios de confiable veracidad,



Sacrificio de una mujer en honor de la diosa Huixtocihuatl, *Códice Florentino*, Lib. II, fol. 49R.



*Códice Nuttall* 69.

<sup>3</sup> Sobre este concepto véase *Mesoamérica*, según Wigberto Jiménez Moreno y Paul Kirchhoff, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1975.

<sup>4</sup> Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología: la concepción de los antiguos nahuas*, 2 vols., tercera edición, México, UNAM-IIA, 1989, vol. 1, p. 20.

como son los documentos pictográficos elaborados por los propios indígenas en la época prehispánica, los profundos estudios que sobre ellos hicieron los religiosos durante la dominación española y, desde luego, las modernas investigaciones efectuadas por antropólogos e historiadores.

En lo que respecta en concreto a la sangre, como ya se dijo, la gran mayoría de los habitantes de Mesoamérica coincidía en asignarle las más diversas funciones fisiológicas y los más variados valores mágicos y espirituales. Esto último puede inferirse con facilidad considerando el papel que ella jugaba en los momentos más trascendentales de las prácticas religiosas, aspecto de importancia fundamental en la vida de estas etnias.

Nos referimos a la ofrenda de sangre que con cierta frecuencia y varios propósitos tributaban a las más diversas deidades, la cual podía provenir de animales (perros, venados, aves) y, sobre todo, de seres humanos, considerada ésta como el regalo que más apreciaban sus divinidades.

Este tributo podía efectuarse principalmente de dos maneras; la más sencilla y usual consistía en la que practicaban los individuos para extraer la sangre de sus pro-

pios cuerpos mediante puntas de maguey o trozos de mimbre que clavaban sobre todo en sus orejas, lengua y pene. Las púas ensangrentadas se encajaban en bolas de zacate dispuestas para ese fin; si la sangre emanaba en abundancia se depositaba en vasijas que colocaban frente a la imagen del ídolo, o bien se esparcía sobre él o a su alrededor.

La otra manera de ofrendar sangre a los dioses consistía nada menos que en el sacrificio humano,<sup>5</sup> es decir, en la inmolación de la persona frente a la imagen del dios o en su adoratorio específico. El sacrificio, a su vez, podía consumarse de varios modos; entre otros, por flechamiento, degollamiento, desollamiento, descuartizamiento y, sobre todo, por extracción del corazón. Las víctimas podían ser hombres y mujeres jóvenes, en ocasiones niños, raras veces ancianos y, por lo general, esclavos, siervos o, de preferencia, cautivos de guerras, es decir, individuos externos al grupo ofrendante.

Es importante señalar que no todas las sociedades mesoamericanas practicaron la muerte sacrificial, aunque sí se registra, con distinta frecuencia, en los grupos de más alto nivel cultural, como lo fueron los toltecas, mayas, huastecos, mixtecos, zapotecos, tarascos y, posiblemente, también los antiguos olmecas y totonacos, pero sobre todo entre los mexicas o aztecas, grupo de filiación lingüística yuto-nahua que llevó el culto de la sangre hasta sus límites más extremos, al asociarlo con su ideología política.

Ahora bien, conviene preguntarse ¿por qué este afán de ofrendar precisamente sangre a los dioses prehispánicos? Ya se mencionó brevemente el aprecio que estos pueblos tenían por la sangre, y en particular por la humana. Muchos de ellos concebían al cuerpo humano como regido por varios “centros anímicos”,<sup>6</sup> cuya importancia era fundamental para el cabal funciona-

miento del organismo, incluida la actividad psíquica e intelectual del hombre.

En estos centros anímicos (sangre, corazón, cabeza, hígado, muslos) pensaban que se alojaba una gran cantidad de sustancias o fuerzas vitales, que eran las que determinaban la vida biológica de los individuos. La sangre, evidentemente, representaba no sólo uno de los principales centros anímicos del cuerpo humano, sino además el vehículo conductor por excelencia de las fuerzas o esencias vitales provenientes de los demás centros.

La naturaleza, funciones y cualidades que, por ejemplo, los nahuas atribuían a la sangre, se manifiestan claramente en este testimonio recogido por fray Bernardino de Sahagún de labios de los propios indígenas, en los primeros años después de la conquista de Tenochtitlan:



Códice Florentino, Lib. II, fol. 121 v.

<sup>5</sup> “definiremos el sacrificio humano como la inmolación, la destrucción, por diversos medios, de la vida de un ser humano, a fin de establecer un intercambio de energía con lo sobrenatural para influir en el mundo natural y el sobrenatural y reproducirlos [...] esto se realiza por medio de la aportación de la energía necesaria para que exista un equilibrio adecuado en el cosmos...”, Yólotl González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicas*, México, FCE, 1985, pp. 28-29.

<sup>6</sup> “Un centro anímico puede definirse como la parte del organismo humano en la que se supone existe una concentración de fuerzas anímicas, de sustancias vitales, y en la que se generan los impulsos básicos de dirección de los procesos que dan vida y movimiento al organismo y permiten la realización de las funciones psíquicas”, A. López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, loc. cit., t. 1, p. 197.



Atlas de Durán.

[la] sangre [...] nuestro brotar, nuestro crecer, nuestro vivir es la sangre [...] espesa, grasa, vivificadora, nuestra vida; enrojece, humedece, moja, llena de lodo la carne, le da crecimiento, surge a la superficie, cubre de tierra a la gente [...] fortalece a la gente, fortalece mucho a la gente.<sup>7</sup>

Sin duda, similar importancia debió tener la sangre para el resto de los pobladores del México antiguo. Y este alto concepto que de la sangre se formaron los

<sup>7</sup> Citado por López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, loc. cit., p. 179.

indígenas explica por sí solo el hecho de que ésta jugase un papel fundamental en los rituales religiosos más trascendentales de las distintas comunidades. Si la sangre es considerada elemento vivificador y además propicia el crecimiento y desarrollo integral del organismo, entonces qué mejor materia para ofrendar a las divinidades como muestra de reconocimiento y pago por los favores que éstas continuamente otorgan a la humanidad.

Los mexicas o aztecas fueron el grupo mesoamericano que más destacó en su actitud por el aprecio de la sangre. Ello derivaba de sus particulares creencias cosmogónicas; es decir, de sus ideas acerca del origen

y principio del universo. Concebido éste como un proceso dinámico y, además, sujeto a la inestabilidad y siempre en peligro de colapso, los indígenas urdieron una buena solución para mantenerlo en movimiento y evitar —o por lo menos demorar— su fatal extinción. Pensaron que la mejor forma de conservar el cosmos inalterado era colaborar con él proveyéndolo de la energía necesaria para su funcionamiento.

En concreto, el punto del universo que más les interesaba resguardar y fortalecer era el astro solar, pues de él provenían todos los beneficios de que gozaban las criaturas terrestres; de él dependía la vida sobre la tierra, la estabilidad y el orden cósmico.

Pero había un problema serio: esta luminaria no había sido concebida como esencia eterna o fuente inagotable de energía, sino más bien lo contrario; es decir, como algo susceptible de cesar en cualquier momento, víctima del desgaste de su propia fuerza, del consumo de su propia energía. De ahí surgió la idea de revitalizarlo constantemente, insuflándole la energía necesaria para prolongar su potencia y continuar disfrutando por tiempo indefinido de sus valiosos beneficios.

El hombre se convirtió así en colaborador inseparable del astro, estableciendo una relación de entera reciprocidad, de estricta dependencia el uno del otro. La criatura humana, obra de esa divinidad a la vez creadora y recreable, se echó a cuestras la terrible responsabilidad de mantener a su máximo benefactor en condiciones de asegurarle su propia existencia.

Y fue precisamente la sangre, el líquido precioso, *xíuhatl*, el agua esmeraldina, *chalchiuhatl*, el medio que eligieron los mexicas para vigorizar a ese amenazante y hambriento astro, de cuya existencia ellos mismos dependían. La sangre humana se convirtió en el manjar divino, el alimento solar por excelencia, y la mejor manera que encontraron de enviárselo fue a través de la muerte sacrificial violenta, pues de esta forma le llegarían más rápido las propiedades energéticas del líquido destinado a su robustecimiento. Por esta razón, la religión de los mexicas se convirtió en una institución ávida de sangre humana, sobre todo a partir de la gestión política del terrible *cihuacóatl* Tlacaélel, durante los reinados de Itzcóatl y Ahuítzotl (c.1435 y c.1480), personaje a quien se debió la institucionalización de la llamada guerra florida (*xochiyáoyotl*); es decir, una acción militar de carácter concertado, cuyo fin primordial era la captura de guerreros para sacrificarlos a Tonatiuh en su fiesta anual. Acerca de esta ce-

lebración fray Bernardino de Sahagún reporta lo siguiente:

Hacían fiesta al Sol una vez cada año, en el signo que se llamaba nahui ollin, y antes de la fiesta ayunaban cuatro días, como vigilia de la fiesta; y en esta fiesta del Sol ofrecían incienso y sangre de las orejas cuatro veces; una, saliendo el sol, otra al medio día, y otra a la hora de las vísperas y cuando se ponía el Sol... (*Historia general de las cosas de Nueva España*, lib. VII, cap. I).

También en los periodos de crisis política y social como, por ejemplo, la muerte de un rey, la amenaza de una guerra o la aparición de ciertos fenómenos celestes (eclipses, meteoros, etc.) y en el advenimiento de catástrofes naturales (terremotos, inundaciones, sequías prolongadas) se ofrendaba sangre en abundancia al Sol o a otras deidades de quienes suponían provenían las calamidades. De nuevo fray Bernardino nos informa qué hacían los mexicas cuando sobrevenía, por ejemplo, un eclipse solar:

Cuando se eclipsa el Sol párase colorado, parece que se desasosiega o que se turba el Sol, o se remece o revuelve y amarillece mucho. Cuando esto ve la gente luego se alborota y tómales gran temor [...]; y en todas partes se daban grandes voces y alaridos, y luego buscaban hombres de cabellos blancos y caras blancas, y los sacrificaban al Sol.

Y también sacrificaban cautivos, y se untaban con la sangre de las orejas; y también agujereaban las orejas con puntas de maguey y pasaban mimbres o cosas semejantes por las orejas [...]

Y decían, si del todo se acababa de eclipsar al Sol: “inunca más nos alumbrará, ponerse han perpetuas tinieblas y descenderán los demonios y vendránnos a comer!” (*ibidem*).

Ahora bien, no está por demás hacer un par de observaciones sobre el sacrificio humano entre los mexicas para terminar con este sangriento asunto. En primer lugar, es importante señalar que dicha práctica estaba reservada exclusivamente a la clase dominante, representada por los gobernantes, los militares de alto rango y los grupos social y políticamente poderosos, como lo fueron los *pochtecas* o mercaderes. El acto, además, se realizaba a través de un ritual de extrema complejidad, sumamente costoso y siempre bajo el estricto control de la clase sacerdotal, quien estaba encargada de perpetrarlo; esto significa que a nadie le estaba permi-

tido realizarlo por su cuenta, pues de hacerlo se consideraría asesinato. La otra observación se refiere al destino de la sangre de los sacrificados. En ningún caso era bebida por los ofrendantes ni por los oficiantes, aun cuando se tratara de reyes, sumos sacerdotes u otros altos y pudientes personajes. Como ya se dijo, el fluido cargado de enorme energía vital se recogía en vasijas para ser untado sobre determinadas partes del ídolo, o derramado a su alrededor. Además, sólo de los sacerdotes podían tocar la sangre sacrificial con sus manos; a éstos incluso les estaba permitido embadurnarse con ella ciertas partes de sus cuerpos.

Aparte de este valor, eminentemente sagrado, la mentalidad indígena mesoamericana atribuyó a la sangre otras facultades y poderes no menos importantes, asociados también con conceptos mágico-religiosos. En particular, se creía —y muchos aún siguen creyendo— que la sangre es el hogar y el vehículo de ciertas “*esencias anímicas*” o fuerzas sobrenaturales que cada individuo posee y que recibe del cosmos en el momento mismo de su nacimiento. Una de estas esencias anímicas

es la que se conoce con los nombres de *tonalli*, *tona* o *sombra*, la cual no es otra cosa que la porción de energía vital que le corresponde a cada individuo y que éste adquiere según las condiciones y circunstancias en que ocurre su nacimiento.

Esta energía era y es aún concebida como una imagen o espectro idénticos a la figura de su poseedor (de donde le viene el nombre de sombra), y consiste en una fuerza lumínica generadora y al mismo tiempo reguladora de la temperatura interior y normal del cuerpo. Asimismo, se le atribuían al tonalli ciertas propiedades como la de determinar el crecimiento de la persona y favorecer el desarrollo cabal de su inteligencia. Los antiguos mexicanos consideraban además al tonalli como el nexo entre el individuo y el mundo sobrenatural.

Ahora bien, al igual que toda energía, la del tonalli es susceptible de disminuir o incluso agotarse por diversas causas en el transcurso de la vida de su poseedor. Puesto que la sangre se considera el conductor de esta entidad anímica, una hemorragia, por ejemplo, puede atentar seriamente contra su integridad, al grado incluso de abandonar el cuerpo del individuo, poniendo en peligro su vida o, en el mejor de los casos, perjudicar de manera irremediable muchas de sus facultades.

Por otra parte, cabe mencionar la idea que muchas personas tienen acerca de que la sangre es un medio muy favorable para recibir daños externos, por lo cual evitan exponerla a eventuales peligros. Los riesgos consisten, naturalmente, en los perjuicios que se pueden ocasionar tanto a la energía vital inherente a la sangre, como a la integridad del *alter ego* de la persona cual es el tonalli, fuerza lumínica y mágica que rige en gran parte la vida, la voluntad y el destino de las personas.

El sustrato ideológico indígena en nuestro país es muy fuerte, y no sólo en el ámbito propiamente “indígena”, sino en espacios mucho más amplios del contexto étnico nacional. Innumerables ideas, valores, símbolos, actitudes, concepciones, creencias, tabúes y temores del México antiguo perviven en la actualidad como elementos que han sido incorporados o adaptados a nuestra idiosincrasia mestiza. Este aspecto, me parece, debe ser considerado con atención cuando se desee implantar acciones que puedan tocar algunas fibras sensibles de nuestra cosmovisión, producto de la mezcla biológica y cultural.



Códice Florentino.

*Bibliografía*

- Duverger, Christian, *La flor letal. Economía del sacrificio azteca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- González Torres, Yólotl, *El sacrificio humano entre los mexicas*, Fondo de Cultura Económica (sección de obras de antropología), México, 1985.
- , “El sacrificio humano entre los mexicas”, en *Arqueología Mexicana*, vol. III, núm. 15, México, septiembre-octubre de 1995, pp. 4-11.
- López Austin, Alfredo, *Cuerpo humano e ideología. La concepción de los antiguos nahuas*, tercera edición, UNAM-IIA, 2 vols., México, 1989.

- Nájera C., Martha Iliá, *El don de la sangre en el equilibrio cósmico. El sacrificio y el autosacrificio sangriento entre los antiguos mayas*, UNAM-IIF-Centro de Estudios Mayas, México, 1987.
- Sahagún, fray Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, introducción, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, Alianza Editorial, 2 vols., Madrid, 1988.
- Tuggle, David H., “El significado del sangrado en Mesoamérica: la evidencia de El Tajín”, en *Boletín INAH*, núm. 42, diciembre 1970, pp. 33-38.



Autosacrificio de sangre en honor a Huitzilopochtli.